

Todo el complejo de edificios, jardines, pasillos y ventanales estaba construido en relación a la capilla. Y toda la capilla parecía girar en torno a aquel cuadro, situado en un caballete que tenía todo el aspecto de un altar. Toda La Mucama tenía su centro telúrico, su eje de rotación, en aquel cuadro, aquel retrato de una mujer que nos miraba con una sonrisa no exenta de cierta ironía, retándonos a descubrir cuál era su secreto.

-Hermosa, ¿no es cierto?

-¿Quién es?

-Creo que a usted le interesa saber en realidad qué es... qué significa su presencia en la capilla de La Mucama.

-Usted sabe perfectamente lo que quiero saber.

Don Diego sonrió con cierto asomo de melancolía. Y me pareció que, de golpe, una cortina de años le había caído encima...

-Muy cierto. Le ruego que me disculpe...

Avanzó lentamente y se colocó frente al retrato. Con una infinita dulzura retiró una pelusilla que se había quedado pegada a la superficie. Y con una extraña luz en los ojos recorrió cada detalle del rostro... los ojos claros, la nariz recta, el pelo oscuro y muy largo, la iglesia que se adivinaba tras el ventanal...

-Ella es el alma de La Mucama. La razón por la que fue construida. Y a la vez es la pieza que le falta. La Mucama no es, como se ha dicho tantas veces, el sueño de un hombre hecho realidad. Es el escalón que ese hombre creyó imprescindible para que ese sueño se realizara...

Se volvió en un gesto rápido, casi brusco.

-No es conversación para tener de esta manera...

Por un momento creí haberlo incomodado de alguna forma...

-¿Lambrusco o Ribera del Duero?

-¿Perdón?

Sonrió con la misma expresión de un niño al que le acaba de salir bien una broma.

-El vino, claro. Ya le he dicho que no es conversación para mantener así, a palo seco. Mucho mejor con música de fondo y una buena copa.

-Pues... no sé, la verdad. Tengo que confesarle que yo soy más de cerveza y, llegado el caso, ron...

Estoy absolutamente segura de que, de no haber tenido la disciplina espartana de la que hacía continuamente gala, su cara habría reflejado la más absoluta de las decepciones. Pero, ante todo, don Diego era un caballero.

-Cuando el alumno está preparado siempre aparece un maestro. El lambrusco me parece demasiado... frívolo. El Ribera da pie a alargar las conversaciones. Los espumosos parecen conducir siempre a finales apresurados.

De nuevo hizo gala de su contención...

-Pero usted no desea oírme hablar de vinos...

... espartana...

-... sino de Sonia.

...que a veces resultaba tan irritante.

-¿Sonia?

Me ofreció, galantemente, su brazo derecho.

-Si me hace el honor...

“Aquello podría ser el cielo o podría ser el infierno” decían los Eagles en *Hotel California*. No sabía a qué me enfrentaría yendo del brazo de don Diego a desenterrar ese pasado que tan cuidadosamente había escamoteado largos años. Pero de una cosa sí estaba segura: no me iba a dejar indiferente.